

RECENSIONES

FRANÇOIS FEJTÖ: *La tragédie hongroise*, Éditions Pierre Horay, París, diciembre 1956; 314 págs.

Tenemos la satisfacción de ofrecer al lector una obra de la máxima actualidad. Baste observar que el libro reseñado recoge el inicio del movimiento nacional húngaro. En esta misma sección nos referimos a otro documento referente al levantamiento popular magiar, del *Free Europe Committee*. Ambas publicaciones se complementan.

¿Qué decir del presente volumen?

Empecemos por hacer referencia al autor: amigo de Rajk, profesor, socialista, editor de revista, enemigo de la alianza con Alemania, exilado en Francia, combatiente en el Ejército francés y en la resistencia—en el Lot—, organizador y director —a instancias del conde Karolyi— de los servicios de documentación y de la oficina de prensa de la legación húngara en París—de la que el conde rojo era el jefe—, enemigo del stalinismo, autor de una "Histoire des Démocraties Populaires", publicada en Suil, en 1952...

Respecto al contenido del libro, indiquemos que se abre este estudio arrojando la responsabilidad de la situación de la Europa Oriental sobre Churchill y Stalin. Ciertamente, se reconoce que la diplomacia de los Estados Unidos tiene una gran parte de responsabilidad en los acontecimientos europeos de la postguerra. Mas ésta—que, por otro lado, comparte con la diplomacia británica—reside, ante todo, en la negativa de definir antes del fin de la guerra, desde la conclusión de la alianza con la Unión Soviética, los objetivos de guerra de los aliados.

Un segundo error de los occidentales consistió—en el sentir de Fejtö—en fijar como finalidad en Europa la "capitulación sin condiciones" de Alemania. Este principio sustituía a la idea del equilibrio europeo—equilibrio cuya condición *sine qua*

non era la existencia en el centro del Continente de—al menos—una gran potencia soberana.

Igualmente, se considera la transición del concepto soviético del cordón sanitario (temor ante Alemania: en cuya época Stalin y sus consejeros pensaban más como hombres de Estado que como comunistas) al Telón de Acero.

En todo caso, cabe consignar el carácter conservador de las ideas del ocupante soviético. Así, sobre el plano económico-social, portavoces moscovitas y jefes comunistas mostraban una moderación estimada excesiva, frecuentemente, por los socialistas.

De hecho, la mayoría de la Europe Central, y particularmente Hungría, se hallaba a la liberación en un estado de eferescencia cercano a la guerra civil. Resumiendo, según Fejtö, los regímenes centro-europeos de la postguerra, se establecieron casi todos sobre lo que se llama un *refoulement de guerre civile*. Un *refoulement*, sí; pues la revolución político-social hubiera estallado sin la presencia del Ejército ruso.

El libro dedica su atención al preludio democrático y parlamentario (1945-1948). Muestra el realismo político de los comunistas (p. 44); su política de *divide et impera*; los resultados obtenidos en este período (los milagros hechos por el trabajo organizado y encarnizado del obrero húngaro, pese a la importancia del tributo pagado a Rusia), y la reforma agraria —"revolución que llevaba remedio a un mal milenarismo"—.

Un capítulo entero se consagra al *proceso Rajk*, punto de partida de una nueva política en todo el sistema soviético. Recogiéndose las inquietudes que Mounier esgrimía en la revista "Esprit", en noviem-

BIBLIOGRAFÍA

bre de 1949: ante un "sistema" que abusando "de la fe de los desheredados conduce a una evolución catastrófica" (páginas 55-94).

La soviétización acelerada de Hungría constituye el tema del tercer capítulo de esta obra (págs. 95-187). He aquí la consecuencia: la política de industrialización acelerada—que tendía a hacer de Hungría, en el ambicioso *slogan* lanzado por Csero, el "país del hierro y del acero"—(1949-1952)—condujo, en el invierno 1951-1952, a una tensión creciente entre la burocracia comunista, de una parte, y los obreros, campesinos y especialistas, de otra. La oposición en el seno del Comité Central del Partido tenía como jefe al mejor experto agrícola, Imre Nagy, comunista de la vieja guardia moscovita, de origen rural y con un pasado de obrero industrial.

Interesante en verdad es la sección correspondiente a la *experiencia Nagy* (nombrado Presidente del Consejo el 4 de julio de 1953—unos días después de los sucesos de Berlín-Este y de la caída de Beria—). Baste mencionar algunas líneas generales de su discurso inaugural: revisión del Plan, seguridades a los campesinos, renacimiento del artesanado, elevación del nivel de vida, concesiones a los obreros, mayor libertad para los intelectuales, tolerancia religiosa, supresión de los campos de internamiento... Claro es que a partir del verano de 1953 toda la vida política y económica de Hungría llevaba el sello de la ambigüedad inherente a una dirección gubernamental dentro de la cual continuaban enfrentándose dos tendencias: la del reformismo y la del conservadurismo stalinista... Si bien Nagy—considerado por Krushev como *hombre de Malenkov*—terminaría por salir de la presidencia del Consejo.

La revuelta de los intelectuales como preludio a la insurrección ocupa un capítulo entero. (Notemos asimismo la significación de los funerales de Rajk el 6 de octubre, con 300.000 asistentes—escritores, artesanos, obreros, empleados alumnos de las *grandes escuelas*—revelando que, diecisiete días antes de la insurrección, el nombramiento de Imre Nagy hubiera permitido a Hungría encontrar a sus crisis una solución a *estilo Gomulka*.)

El penúltimo capítulo se titula *Una revolución del uranio* (la *revolución de los*

paraguas: la de 1848; la *de los crisantemos*: la de 1918).

¿Cuál es la postura de Fejtő en el capítulo final, en su *Epílogo provisional*? Primeramente, un hecho decisivo: la pérdida, en un santiamén, por los comunistas, de toda la clase obrera. En segundo lugar, el papel de primer plano jugado por la clase obrera desde el principio de la insurrección; la impotencia de los viejos partidos no-comunistas; el desgaste de los dirigentes socialistas, como Ana Kethly; el mucho entusiasmo de las juventudes y su poca experiencia política (aparte de otras evidencias, como los intentos de reorganización de los nazis húngaros; y los llamamientos "lamentables, estúpidos y criminales, lanzados por la "radio" *Free Europe*).

* * *

Advirtamos que el libro lleva una cartaprélogo de Jean-Paul Sartre, interesante en sí por lo que representa de ruptura con una trayectoria stalinista. Registremos algunos pensamientos esclarecedores: "Los lectores comprenderán, gracias a este libro, la lucha cotidiana, el valor de esos obreros y de esos intelectuales, muchos de los cuales están muertos hoy, esa larga historia que, en 1953, en 1956, hubiera podido conducir al pueblo húngaro fuera de la noche y que ha recaído hoy en la sangre, en el lodo y en las tinieblas..."

* * *

Completan la obra un mapa, unas notas generales sobre Hungría y—lo que es de mayor interés—una cronología de los principales acontecimientos de la nación magiar desde la llamada liberación—nueve páginas—.

* * *

Consignemos la simpatía del autor hacia Nagy, frente al *clan Rakosi*; es decir, la antipatía hacia el stalinismo. También su defensa de las medidas de democratización, económica y social. Por ejemplo, mencionemos la justificación de la reforma agraria. (Aunque no sea el único en hacerlo. Ni mucho menos. Abundan las apologías de ese criterio.)

Un síntoma no menos revelador en su

defensa de la inocencia de Rajk —de pasada, combatiente en las filas del ejército rojo en la guerra civil española—.

¿Cómo han de extrañarnos algunas valoraciones hechas acerca de la alta jerarquía católica en Hungría, conociendo la procedencia ideológica del autor?

Pero, aparte de todo esto —y, tal vez, precisamente por esto—, el volumen traído a esta sección encierra un positivo interés para el lector prudente y avisado. Como ha escrito, en un prólogo, Jean Duvignaud, el libro comentado “es, a propósito de Hungría, el primer análisis de conjunto de un régimen staliniano y de su fracaso”.

* * *

¿Singularidad de la existencia de la desdichada nación magiar? Nos explicaremos. En primer lugar, mencionemos la lección suministrada por la instauración de la República soviética húngara de 1919 —21 marzo -1 agosto—. Aunque para muchos historiadores tal experiencia sólo constituya un episodio pasajero, en el torbellino que surgió en la Europa Central, como consecuencia de la derrota de los Imperios centrales y el influjo de la Revolución soviética, para los dirigentes comunistas moscovitas de la época tenía tan importancia como la Revolución rusa.

Mas no todo acaba ahí. El fracaso de la acción comunista en tierras magiars encerraba una lección para los seguidores del bolchevismo. Zinoviev advertía: “Por encima de todo, no debemos olvidar la lección de la República soviética húngara”. (Para un enfoque de esta faceta, vid. David T. Cattell, *The Hungarian Revolution of 1919 and the Reorganization of the Comintern in 1920*, “Journal of Central European Affairs”, enero-abril 1951, págs. 27-38.)

En nuestros días, el país magiar ha dado muestras de reciedumbre y de aleccionamiento. No se trata únicamente del vigor moral demostrado por su alzamiento popular. Soportando Hungría la ocupación soviética (“nunca en su sangrienta historia, sufrieron los húngaros tantas crueldades inhumanas, tan horribles bestialidades”: Monseñor Bela Varga), el Partido de los pequeños propietarios obtenía la absoluta mayoría —con el cincuenta y ocho por ciento de todos los votos—; otros Partidos

anticomunistas, el veinticinco; y el Partido comunista, el diecisiete.

Mas este asunto encierra otros matices. Recojamos las palabras de Ferenc Nagy: “El pueblo húngaro carecía de pan, de vestidos, de abrigo... Pero era feliz a causa del resultado de las elecciones. Sintió que ponía los cimientos para un futuro claro, feliz y libre... Los campesinos, sin caballos o sin tractores, trabajaban la tierra con sus manos desnudas. Los obreros buscaban en los tanques abandonados y completamente destruidos y usaban las piezas de su maquinaria para poner en marcha una nueva industria. Los funcionarios y los oficinistas, para empezar el trabajo del Gobierno, sacaron sus oficinas de las ruinas y de los edificios derrumbados”. (*V. Hungarian Peasant Victory in 1945*, “International Peasant Union Bulletin”, noviembre 1955, págs. 18-20.)

* * *

¿No hay solución para Hungría y para la Europa Oriental en general?, se preguntaba, en 1950, Arthur Karasz. ¿Es que toda el área está condenada a ser colonia o satélite de una gran potencia o de otra? La nación magiar, como el Oriente europeo, necesita nuevas soluciones... Tales pensamientos siguen teniendo toda la virtualidad. Son un llamamiento a los centros directores del Occidente —convertidos, desgraciadamente, en ocasiones, en un solo centro: Washington.

Tengamos presente el llamamiento del nuevo año emitido por un grupo de congresistas demócratas estadounidenses en pro de una iniciativa norteamericana en torno a la Europa Central. En esencia, los congresistas sugerían que Mr. Eisenhower respondiese a la última carta de Bulganin sobre el desarme, proponiendo un arreglo de seguridad europea por medio del establecimiento de una zona desmilitarizada centroeuropea, comprendida entre las mil millas entre el Rhin y las fronteras históricas de Rusia y una garantía de seguridad U. S. A. - U. R. S. S. La propuesta encontraba simpatías. (Véase, como prueba, el editorial de “The New Republic” del 7 de enero, titulado *A Reply to Bulganin*.) (Y en esta ocasión la citada revista norteamericana se preguntaba la forma en que había de actuarse cuando el Presidente de los Estados Unidos era menos emprende-

dor que lo que requerían las circunstancias internacionales.)

No echemos en olvido las propuestas de este tipo que hemos venido recogiendo en distintas recensiones. Walter Lippmann ha vuelto a mencionar tal hipótesis. Recientes están la invitación de Gaitskell a Eden para sondear las reacciones del Kremlin respecto a la idea de la creación en Europa de una "vasta zona de neutralidad garantizada por un pacto de seguridad"; y la "nota" germana sobre el problema de la reunificación de Alemania, de septiembre, en donde se mencionaba la posibilidad de una zona desmilitarizada entre el Este y el Oeste.

* * *

Concluamos. Y hagámoslo subrayando algunos de los pensamientos epilogaes de

Fejtő. "La Historia, la razón y, sin duda, el interés mismo de la U. R. S. S.... aconsejarían a ésta devolver a los húngaros la libertad en la neutralidad bajo la égida de la O. N. U. En caso contrario, vista la resistencia tenaz opuesta a las presiones de toda especie por Imre Nagy y sus colaboradores, la tenacidad de los intelectuales y de los consejos obreros, ¿no deberán resignarse los rusos a calcar su conducta sobre la de Francisco José, renunciando a hacer administrar a Hungría por los húngaros y nombrar un *gauleiter* soviético?"

Expresiones dirigidas a Moscú, evidentemente. Aunque las haya también para el Oeste. "Los húngaros ven ahora que no pueden contar con el Occidente: a su vez acaban de recibir, con mucha amargura, la "lección de Munich". ¿La O. N. U? ¿Nehru? ¿Tito?..."

Leandro RUBIO GARCIA

JOHN H. KAUTSKY: *Moscow and the Communist Party of India*, Editado por "The Technology Press of Massachusetts Institute of Technology y John Wiley & Sons", Nueva York, 1956, 220 páginas.

El problema central del comunismo, escribe John H. Kautsky en su documentado libro dedicado a los problemas del partido comunista en la India, es el de saber, a un determinado momento, quién debe ser considerado como enemigo y quién como posible aliado. Y, al determinar al posible amigo, saber qué clase de alianza se puede o no establecer con él. Estos factores han influido siempre, de manera decisiva, en la táctica del partido comunista, no sólo en la India, sino también en el mundo occidental. Frente a este permanente dilema, el partido ha utilizado dos estrategias: una "de derecha" y otra "de izquierda". Esta última es la estrategia clásica del comunismo y consiste en considerar como enemigos no sólo al capitalismo, sino también a la burguesía, aliada con el imperialismo extranjero y con el feudalismo local. Según el punto de vista de esta estrategia, la finalidad inmediata del partido comunista, aun en los países poco desarrollados, es la revolución socialista. Los que harán esta revolución serán los obreros, los campesinos pobres y los pequeños burgueses. Todos los demás son servidores de la burguesía y del imperialismo y hay que denunciarles como tales.

La estrategia "de derecha" consiste en

considerar como enemigo principal no al capitalismo, sino al fascismo y a los movimientos afines y, en los países poco desarrollados, al feudalismo y al imperialismo extranjero (léase Inglaterra y U. S. A.). Según esta estrategia, la primera acción del partido comunista es la de llegar a crear una alianza de todos los partidos democráticos, cuyo fin será la liberación, mientras la idea de la revolución socialista pasa a un segundo plano. Primero la liberación, o sea, la acción conjunta de todas las fuerzas democráticas en contra del fascismo, el imperialismo y el feudalismo, y luego la revolución proletaria dirigida en contra de la burguesía y el capitalismo. Al no ser anticapitalista, según el principio base de la estrategia "de derecha", el comunismo considera a la burguesía y a los partidos políticos como a sus aliados. La alianza se realiza, en esta fase, "desde arriba", mientras en la fase denominada de la estrategia "de izquierda", la alianza se realizaba "desde abajo", puesto que se eliminaban todos los factores sociales y políticos que podían encajar, de una manera o de otra, en el capitalismo.

El partido comunista hindú ha seguido la estrategia "de derecha" durante la pasada guerra y ha pasado a la "de izquier-

da" en el momento en que la guerra fría separaba para siempre a los aliados. Con respecto a Nehru y a su Gobierno, por ejemplo, la actitud de los comunistas ha cambiado varias veces, según las necesidades del momento y las indicaciones de Moscú: se trataba de la guerra contra el fascismo, los comunistas estaban dispuestos a alabar a Nehru y a los demás partidos. Se trataba de obtener la liberación de la India y de luchar en contra de los ingleses, los comunistas estaban también dispuestos a la alianza. Nehru fué, varias veces, un héroe nacional, mientras valían los principios de la estrategia "de derecha", para transformarse en el enemigo número 1 cuando, una vez obtenida la independencia, se trataba de tacharlo de enemigo del pueblo, de lacayo de Inglaterra, de capitalista, según los principios impuestos por la estrategia "de izquierda", la cual, liberada la India, se proponía, como fin inmediato, la revolución proletaria.

Este juego interno, que presupone, en el marco del partido comunista y durante todo el período de la postguerra, cambios importantes de hombres en la dirección del mismo, ha sido interrumpido por la aparición de una nueva estrategia, la tercera y, por el momento, la última empleada por el partido comunista tanto en la India como en los demás países asiáticos e hispano-americanos. Se trata de la estrategia llamada "neomaoísta", en junio de 1948, el comité provincial de Andhra redactaba un importante documento que criticaba tanto la estrategia "de derecha" como la "de izquierda", atacaba a los jefes del partido comunista hindú y proponía como modelo de táctica al partido comunista chino. Las leves modificaciones del "maoísmo", o sea de los principios que habían llevado a Mao Tse Tung al poder, eran los siguientes: el partido comunista en la India tenía que basarse en el proletariado y en los campesinos pobres, pero también en los

campesinos medios y hasta en los ricos si las necesidades del momento lo imponían. La alianza será hecha desde abajo, pero serán incluidos en ella tanto los campesinos medios y los ricos, como una gran parte de la burguesía. El enemigo principal es el imperialismo y el feudalismo. La revolución se realiza en una segunda fase. Como se ve, las modificaciones de las dos estrategias anteriores no son grandes en apariencia, pero sí en el fondo. El comunismo, en su movimiento "desde abajo", se aliará con la burguesía y con los campesinos ricos. Este "neomaoísmo" rige hoy en la táctica comunista en todos los países poco desarrollados y ha sido aceptada por Moscú a regañadientes, puesto que contradecía los principios del marxismo-leninismo, y no logró imponerse más que detrás de las huestes victoriosas de Mao. Después de la muerte de Stalin se llegó hasta cierta tensión entre Moscú y Pekín; los chinos sosteniendo que la nueva táctica se debía a Mao y a los comunistas chinos, mientras los ideólogos de Moscú sostenían que no se trataba más que de una mera aplicación de la enseñanza de Lenin y Stalin.

El documentado libro de John H. Kautsky describe con detalles todas las fases por las que ha tenido que pasar el partido comunista hindú y sus peregrinaciones entre la derecha y la izquierda hasta su adhesión al "neomaoísmo". Moscú estuvo siempre detrás de estos cambios, unas veces con menos insistencia, en los momentos en que esperaba conquistar a Occidente, otras veces con brutalidad, en el momento en que se trataba de ganar en Asia lo que había perdido en Europa. Basado en una correcta y vasta bibliografía, el libro de John H. Kautsky ilumina con inteligencia un importante sector del imperialismo soviético y pone en evidencia los resortes íntimos de su juego político.

VINTILA HORIA

